

“ dias entendiésemos la verdad de los negocios de que fuisteis acusados.

“ Este negocio no se pudo llegar al cabo, ni proceder en él como era menester, porque me vinieron á llamar de parte de otros españoles que habían venido de nuevo á la costa del mar, y fuéme necesario dejar lo que había comenzado, y ir con la mayor parte de mi gente á recibir á los españoles que me venían á buscar, y dejé en mi lugar á otro capitán para que estuviese aquí con los españoles y tlaxcaltecas que aquí yo dejé, y hablé á Motecuhzoma y á todos los principales mexicanos, para que entretanto que yo volvía, estuviesen en toda paz y amistad, y desta misma manera hablé al capitán que yo dejé, y á todos los españoles, y á nuestros amigos los de Tlaxcalla, para que hubiese toda paz y sosiego hasta que yo volviese, y desto muchos de los que estais presentes sois testigos de vista y de oídas. Despues que yo me partí de esta, á pocos dias decis que el capitán que yo dejé, que es Pedro de Alvarado, que está aquí, á traición y sin habersele dado ninguna ocasion, os acometió de guerra en una fiesta que hacíades á vuestro dios Vitzilopuchtli, y que allí mató y destruyó toda la flor de los mexicanos, y luego ántes que los españoles se recogiesen, acudió tanta gente de guerra mexicana, que les fué necesario recogerse á su fuerte y encerrarse en las casas reales, donde yo los había dejado, y esto señal fué que el negocio de esta guerra había comenzado de sobre pensado. Para imputar la culpa deste negocio á mi capitán y á mis españoles, comenzasteis á publicar que ellos á traición os habían acometido sin que tuviesen ninguna ocasion de hacer lo que hicieron; y esto no es así, porque venido que fui yo, inquirí luego deste negocio como había pasado, y hallé que vosotros estábades concertados de en mi ausencia en esta fiesta matar á todos los que yo había dejado, así españoles como indios; como supieron esto muy de cierto, adelantáronse el capitán y los españoles á hacer lo que hicieron, y fué bien hecho.

“ También nos achacais la muerte de Mochtezuma, y no es verdad, porque ántes que yo viniese de la costa, por mandado de D. Pedro de Alvarado salió á las azoteas á mandar á los mexicanos que cesasen de pelear (aunque iban arrodelándole y guardándole los españoles), no solamente no le quisisteis obedecer; pero deshonraístesle á él y á nosotros los españoles, y le tirásteis de pe-

“ dradas, de manera que le herísteis y murió de las pedradas que de vosotros recibió, y no solamente no cesásteis de pelear mandandooslo vuestro señor; pero comenzásteis ó pelear mas fuertemente contra los españoles, y quitásteisles los bastimentos, y cuando yo vine morían de hambre; y sabiendo que yo venía, y viéndome entrar por vuestra ciudad, no hubo hombre que me hablase, ni me quisiese ver.

“ Yo como entré donde estaban los españoles muy maltratados, ni vuestro señor, ni ninguno de vosotros me quiso ver ni saludar, y mandándoos que cesádes de dar guerra, y nos diéseis bastimentos, no lo quisisteis hacer, sino añadísteis mayor diligencia, así en pelear, como en quitarnos y matar á los que nos daban algunos bastimentos escondidamente; de manera que tuvimos necesidad de salir huyendo, y de noche de donde estábamos, y salir como podimos, con muertes de muchos españoles y indios amigos, y con robarnos cuanto teníamos, y nos fuisteis dando caza hasta términos de Otumba, donde de tal manera nos acosásteis de todas partes, que si no fuera por milagro de Dios, allí nos matáades como deseábades. Todas estas cosas y otras muchas más que callo, hicísteis contra nosotros, como gente idólatra, y cruel, y ajena de toda justicia y humanidad; y por tanto, os venimos á dar guerra como gente bestial y sin razón, de la cual no cesáremos hasta que vengamos nuestras injurias, y echemos por tierra á los enemigos de Dios, idólatras, que no tienen ley de proji-midad ni de humanidad para con sus prójimos. Esto se hará sin falta alguna.” (1) Atónito debió quedar Cuauhtemoc al oír semejante relacion de los hechos; nada contestó, contentándose con decir grave y severamente, “ que aceptaba la guerra y que cada cual

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXI: parte de la noticia copia Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVIII. Clavijero, tom. 2, pág. 156, nota tercera, contradice esta entrevista y dice: “ mas esta reunion ni es verdadera ni verosímil. Cortés no hubiera omitido un hecho tan notable, siendo minucioso en referir todas sus comunicaciones con los mexicanos.”—Nuestro distinguido historiador cae algunas veces en el defecto, de oponer una negacion seca y sin fundamentos á las autoridades más auténticas. Nada de inverosímil tiene una conferencia que, segun el mismo conquistador afirma diferentes veces, fué solicitada con empeño por repetidas ocasiones. La razon de no ser verdadera porque Cortés no la menciona, no tiene fuerza alguna: si este fuera buen criterio, mucho habría que suprimir en la obra de Clavijero, por estar omitido en las Cartas de relacion.

hiciese por defenderse," retirándose en seguida á México. (1) No debe causar extrañeza este lenguaje en boca de D. Hernando, pues es el mismo de todos los conquistadores; así fundan sus derechos y explican sus agravios los fuertes contra los débiles: todos ellos aprendieron en la fábula del lobo y el cordero.

Entretanto todas las tribus aliadas hacían sus preparativos para concurrir á la guerra contra México. Alonso de Ojeda enviado para concertar á los de Topoyanco y de Cholollan por diferencia que traían á causa de tierras, obtuvo de los primeros doce mil guerreros: en mayor número el contingente de Cholollan, con los de Huexotzinco y Cuauhquechollan, vinieron á la provincia de Chalco á esperar las órdenes del general. Pasó Ojeda á hablar con la señoría de Tlaxcalla, é informado de estarse aperebiendo la gente, se dirigió á Hueyotlipan al frente de cuatro mil hombres, que á la mañana siguiente eran treinta mil y luego muchos más. (2) El ejército tlaxcalteca llegó á Texcoco cinco ó seis días ántes de la pascua de Espíritu Santo; se componía de más de cincuenta mil hombres, mandados por Chichimecatecuhtli, Xicotencatl el jóven y otros bravos capitanes: (3) venían divididos en capitánías con sus banderas cada una, y el ave blanca con las alas extendidas, estandarte de la república; vestidas sus insignias y divisas más galanas, sus armaduras ricamente adornadas y gritando estrepitosa y repetidamente, Castilla, Castilla, Tlaxcalla, Tlaxcalla. Salió Cortés á recibirles un cuarto de legua de la ciudad, abrazó á Xicotencatl, á sus dos hermanos y á los capitanes, dándoles la bienvenida y ofreciéndoles hacerles ricos con los despojos: tres días seguidos estuvieron entrando en Texcoco, siendo insuficientes las casas de la ciudad para aposentarlos. (4)

Ixtlilxochitl previno un ejército de más de doscientos mil hom-

(1) Torquemada, lib. IV, cap. LXXXX.

(2) Herrera déc. III, lib. I, cap. XII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVIII.

(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 94, MS. refiere minuciosamente los nombres de estos capitanes: Cuauhxacatzin, Mixtlimatzin, Tenamazeuicuiltzin, Tecuanitzin, Acxotecatl, Acamayotzin, Tianquiztlatotzin, Ceyecatecutli, Tepilzacatzin, Chiahuatecolotzin, Cuitlizcatl, Cocomintzin, Tzicuehuacatl, Michcuatecuhtli; Tlachpanquizecatzin, Tizatemoctzin, Chicuacen Mazatl, Ixonauhquitecuhtli y Tlahuihuiztli.

(4) Cartas de Relac. pág. 235.—Bernal Díaz, cap. CXLIX.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XIII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXIX.

bres, con más cincuenta mil labradores para aderezar los puentes y caminos, y emplearse en las faenas necesarias. Cincuenta mil guerreros eran de Itzacan, Tepeyacac, Cuauhnahuac y demás provincias australes del valle; cincuenta mil de Otompa, Tollantzinco, Xilotepec y provincias boreales del reino; igual número de los tziuhcohuaca, tlatlahquitepeca y otros pueblos comarcanos; completaban la suma los aculhua de Texcoco y sus contornos. Reuniéronse también inmensa cantidad de *acalli*, destinadas á conducir víveres á las diversas divisiones, ó al servicio á que no podían acudir los bergantines. El total de los aliados se hace pasar de trescientos mil hombres. (1)

Al rumor de tan terribles aprestos, Cuauhtemoc, Coanacochtzin y Tettlepanquetzaltzin, reunieron igualmente sus medios de resistencia. Sacaron de México la gente inútil, llamaron las guarniciones que andaban fuera, fortificaron calles y calzadas aumentando las cortaduras y reparos, ocupándose asiduamente en acopiar víveres, fabricar armas y mantener vivo y entero el valor de los guerreros. (2) Ni un momento pensaron en rendirse y la tribu mexicana se disponía á perecer, sin haber desertado de la causa comun un sólo hombre. El peligro era inmenso é irresistible. Tenochtitlan, por los trances de la guerra, quedaba ya reducida á los estrechos límites de la isla en que fué fundada al principio. Se habían pasado al enemigo los amigos de casa Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholollan, sin recordar que debieron su existencia libre al pacto religioso; estaban sojuzgados y reconocían al vencedor las provincias australes de fuera del valle; seguía el camino de la defección el reino de Acolhuacan, segundo en poder de los que formaban la triple alianza; de las ciudades populosas de las orillas de los lagos sólo quedaban montones de ruinas y no se podía contar ni con las lagunas, pues se enseñoreaban de sus aguas los bergantines castellanos.

Cuauhtemoc, por medio de sus mensajeros, afeaba á los jefes de las tribus su insana conducta; muchas veces envió á reprender á Ixtlilxochitl, "porque favorecía á los hijos del sol, y era contra su misma patria y deudos; el cual les respondía siempre, que más quería ser amigo de los cristianos que le traían la luz verdadera,

(1) Ixtlilxochitl, relacion pág. 20.

(2) Ixtlilxochitl, relacion pág. 22.

“y su pretension era muy buena para la salud del alma, que no ser de la parte de su patria y deudos, pues no le querían obedecer.”

(1) En aquel gran cúmulo de pueblos, sólo una tribu con algunos hombres más, se presentan dignos de nuestra admiracion y de nuestro respeto.

Terminados por el lado de D. Hernando los aprestos militares, sacó la gente á la plaza de Texcoco para distribuirla á los puntos que al intento tenía escogidos: era el segundo dia de la pascua de Espíritu Santo, lúnes veinte de Mayo. (2) Pedro de Alvarado quedó nombrado jefe de la primera division, compuesta de treinta jinetes, diez y ocho ballesteros y arcabuceros, ciento cincuenta peones de espada y rodela, divididos en tres compañías al mando de los capitanes Jorge de Alvarado, Gutiérrez de Badajoz y Andrés de Monjarás y más de veinte y cinco mil aliados: debía colocarse en Tlacopan en donde terminaba la calzada occidental de la ciudad. Mandaba la segunda division el maestre de campo Cristóbal de Olid y se componía de treinta y tres de á caballo, diez y ocho ballesteros ó escopeteros, ciento sesenta peones en tres compañías al mando de Andrés de Tapia, Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, además de veinte mil amigos: deberían situarse en Coyohuacan, extremo de uno de los ramales de la calzada austral. Al frente del tercer cuerpo quedó el alguacil mayor Gonzalo de Sandoval, disponiendo de veinte y cuatro caballos, cuatro escopeteros, trece ballesteros, ciento cincuenta rodeleros, entre ellos los cincuenta mozos escogidos que servían á D. Hernando, divididos en las compañías de Luis Marín, Hernando de Lerma y Pedro de Ircio, y los guerreros de Huexotzinco, Cholollan y Chalco en número de más de treinta mil; tenía el destino de apoderarse de Itztapalapan, término del otro ramal de la calzada Sur, destruir la ciudad y ponerse en comunicacion con Coyohuacan por medio de las calzadas. (3) Formaban las tres guarniciones un total de 87 caballos, 513 peones y más de 75,000 aliados.

Cada uno de los trece bergantines quedó armado con una peque-

(1) Ixtlilxochitl, relacion pág. 21.

(2) Cartas de Relac. pág. 236. La fiesta de Pentecostés cayó aquel año 1521, en el domingo diez y nueve de Mayo.

(3) Cartas de Relac. pág. 236.—Bernal Díaz cap. CL.

ña pieza de artillería, y se distingúan por una bandera con el nombre propio del bergantin, á la cual acompañaba el estandarte de Castilla. Cada nao iba montada por un capitan, un veedor, doce remeros, seis para cada banda, seis ballesteros, seis escopeteros y los sirvientes de las piezas que al ménos serían dos, resultando en cada vaso un total de veintiocho hombres ó sean 364 por todos. (1) Trabajo costó al general completar la dotacion de remeros, pues todos se creían afrentados en aquel empleo, negándose resueltamente los hidalgos á sentarse en los bancos; Cortés entresacó la gente de mar y no siendo suficiente señaló á los naturales de los puertos, obligándoles á prestar el servicio no obstante sus representaciones. Eran los capitanes Juan Rodriguez de Villafuerte, Juan Jaramillo, Francisco Rodriguez Magarino, Cristóbal Flores, Juan García Holguin, Antonio de Caravajal, Pedro Barba, Gerónimo Ruiz de la Mota, Pedro de Briones, Rodrigo Morejon de Lobera, Antonio de Sotelo, Juan de Portillo y Juan de Limpías Carvajal: si despues aparece algun otro nombre, debe atribuirse á los cambios sobrevenidos durante las peripecias del sitio. Cortés dirigió una alocucion al ejército; comunicó instrucciones minuciosas á los comandantes; hizo pregonar de nuevo las antiguas ordenanzas de Tlazcalla, previno á los soldados llevaran buenas armas, “y papahigos y jorjales y antiparas, porque era mucha la vara y piedra como granizo, y flechas “y lanzas y macanas y otras armas de espadas de á dos manos con “que los mexicanos peleaban con nosotros y para tener defensa con “ir bien armados.” (2)

Las divisiones de Alvarado y de Olid debían marchar las primeras, y para evitar embarazos en el camino los aliados fueron enviados delante. (3) Los tlaxcalteca salieron de Texcoco el veintiuno

(1) Cartas de Relac. pág. 237.—Bernal Díaz, cap. CXLVIII y CXLIX.—Cortés dice que dejó trescientos hombres para las fustas; Bernal Díaz saca el mismo resultado, no obstante que las cuentas que ajusta no carecen de error.

(2) Bernal Díaz, cap. CL y loco cit.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XII y XIII.—Torquemada lib. IV, cap. LXXXVIII.

(3) La fecha de la salida de Texcoco de estas fuerzas presenta alguna dificultad: Cortés la señala en diez de Mayo (pág. 237), mientras Bernal Díaz la coloca en el trece (cap. CL): ambos dichos están en contradiccion con las respectivas relaciones; y además, si la distribucion se hizo el veinte, mal se puede admitir la separacion de

de Mayo, á las órdenes de Chichimecatecutli; en la misma brigada debía encontrarse Xicotencatl, general auxiliar destinado al servicio de Alvarado; mas se advirtió que no estaba en su lugar, sabiéndose á poco se había retirado á Tlaxcalla. La causa parece haber sido la siguiente. Con motivo de cargar á un indio, los castellanos descalabraron á un caballero llamado Piltectetl primo hermano de Xicotencatl; Alonso de Ojeda, comandante castellano de los tlaxcalteca, temeroso de que Cortés castigara aquel desmán, calló el hecho y le compuso cual mejor pudo, dando licencia al Piltectetl para ir á curarse á su tierra. Haber quedado sin castigo los autores de las heridas, el desprecio con que los blancos trataban hasta á los magnates indígenas, el encono profundo que profesaba á los teules y la resistencia que había puesto al emprender aquella guerra, son á nuestro juicio causas suficientes para motivar la retirada de Xicotencatl, con el intento también de arrastrar con su ejemplo á todos sus amigos. Sin embargo, danse otras explicaciones. Según una, Piltectetl y Xicotencatl eran rivales, y como el primero se tornaba á Tlaxcalla, el segundo, celoso de la dama, se huyó para la ciudad acompañado de algunos amigos. (1) Según otra, se volvía á su hogar para apoderarse por fuerza del cacicazgo, tierras y vasallos de Chichimecatecutli; mientras este jefe andaba en la guerra. (2) Esto segundo nos parece un cargo tan gratuito como sin fundamento; lo primero es un supuesto impropio en el carácter de un guerrero indio.

Chichimecatecutli vino apresuradamente á Texcoco á dar cuenta al general de la desaparición de Xicotencatl: Cortés disputó á cinco principales acolhua y dos tlaxcalteca para que fuesen á alcanzar al jefe indio y le rogasen se tornase, dándole para ello muchas razones, “y le envió á hacer muchos prometimientos y promesas, y

las tropas del cuartel general ántes de recibir las órdenes y conocer el punto á que se las destinaba. Ambas fechas son descuido de los escritores ó error de los copiantes. Hemos fijado la cronología siguiendo puntualmente las indicaciones de Cortés y de Bernal Díaz; pero aprovechando las fechas fijas por ellos adoptadas, confrontando los sucesos, determinando las marchas y siguiendo la autoridad de Torquemada, lib. IV, cap. LXXXIX.

(1) Herrera, déc. III, lib. I, cap. XVII.

(2) Bernal Díaz, cap. CL.

“que le daría oro y mantas porque volviese; y la respuesta que le envió á decir fué, que si el viejo de su padre y Masse-Escasi (Ma-xixcatzin) le hubieran creído, que no se hubiera señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere; y por no gastar más palabras, dijo que no quería venir.” Desairado D. Hernando y ofendido por lo que podía llamar el orgullo del indio, tomó una de esas resoluciones atrevidas tan frecuentes en su vida. Tenía necesidad de imponerse á las tribus afirmando su autoridad; le faltaba por arreglar con el caudillo indígena la guerra de Tlaxcalla, sus consejos en la señoría contra los teules, su intento de alzar á los guerreros después del desbarato en México: todo junto lo pagaría Xicotencatl supuesto que la ley le condenaba; era desertor delante del enemigo. “Ya en este cacique no hay enmienda, dijo Cortés, “sino que siempre nos ha de ser traidor y malo y de malos consejos.” En consecuencia, dió orden á los comandantes de los indios Ojeda y Márquez para que con algunos de á caballo fuesen á Tlaxcalla y donde quiera que le hallasen prendiesen al fugitivo; mas para no chocar con los aliados escribió á la señoría quejándose de la conducta de Xicotencatl, la cual era digna de muerte: los señores de la República dieron su consentimiento para prender al reo. Con aquella autorización Márquez y Ojeda se apoderaron del joven general, conduciéndole con toda brevedad á Texcoco. En la ciudad estaba preparada una horca muy alta, á la cual fué suspendido el guerrero, mientras un pregonero en rancias voces decía la causa de la muerte. (1) Así murió aquel bravo caudillo, el sólo hombre patriota y previsor de Tlaxcalla, que pudo leer en el porvenir la suerte preparada á su patria y á la señoría. Después de muerto, los guerreros se repartieron los fragmentos de la capa y del *maxtlatl*, teniéndose por dichoso el que podía alcanzar las reliquias del mártir.

Herrera asegura que, “aunque orgulloso y valiente, murió con poco ánimo.” Se comprende: el guerrero indio no temía dejar la vida; titubeó ante la horca, suplicio infamante de los blancos, indigno de su nobleza y de su condición guerrera. Cortés guarda absolu-

(1) Seguimos de preferencia la relación de Herrera, déc. III, lib. I, cap. XVII, por estar fundada en las relaciones de los testigos presenciales Márquez y Ojeda.—Le sigue Torquemada, lib. IV, cap. LXXXX.—Veáse Bernal Díaz, cap. CL.

to silencio acerca del hecho. A Solís (1) parece imposible que el jefe indio fuera ahorcado en Texcoco. Los acolhua, ni algun otro de los aliados, tenían simpatía alguna por el tlaxcaltecatl; la señoría dió su permiso para acto semejante; el ejército tlaxcaltecatl estaba dividido y á la sazón mandado por Chichimecatecutli, enemigo de Xicotencatl: éste no tenía esperanza de salud por ningun lado. Por eso aquella ejecucion, que pudo ser causa de un serio alboroto entre los aliados, pasó sentida en secreto por los buenos y difundió un profundo terror en la multitud.

(1) Conquista, lib. 5, cap. 19.

CAPITULO VI.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Principio del sitio de Tenochtitlan.—Pedro de Alvarado en Tlacopan.—Cristóbal de Olid en Coyohuacan.—Cuauhtemoc en Tenochtitlan.—Gonzalo de Sandoval en Iztapalapan.—Combate naval.—Toma del fuerte de Xoloc.—Sandoval abandona á Iztapalapan.—Sandoval en la calzada de Tepeyacac.—Asalto en la ciudad.—Socorro de acolhua.—Preséntanse los de Xochimilco y los otomies.—Distribucion de los bergantines.—Nuevo asalto é incendio.—Traicion de los chinampaneca.—Asaltos repetidos.—Vanse retirando los tenochca en direccion de Tlaltelolco.

III calli 1521. Las divisiones de Pedro de Alvarado y de Cristóbal de Olid, salieron de Texcoco el veintidos de Mayo: rindieron la jornada en Acolman. Olid hizo adelantar á algunos de los suyos para tomar alojamientos, lo cual hicieron señalando con ramas verdes las casas separadas: cuando llegaron los de Alvarado no encontraron en donde posar, de donde se originó una acalorada reyerta, siguiéndose que los soldados pusieran mano á las armas y